

El tiempo de Jugar a decir la verdad, por Luis Eduardo Arias

“En medio de los residuos podrías hallar un tesoro. Parece increíble que lo inservible para unos, brilla para otros”-lo he dicho-.

Siempre había querido pertenecer a un grupo teatral; desde muy pequeño le pedía a Dios que me cumpliera el sueño de ser un gran actor y cantante. Era un anhelo expresarme mediante las artes escénicas mostrando mi vocación por ello.

Después de un tiempo, a los 15 años, experimenté una tormenta de emociones que me costaba apaciguar; no obstante, siempre me he dicho que las agujas del reloj suturan las heridas a su tiempo, sentirse solo e incomprendido puede ser el alimento perfecto de la depresión, de la angustia.

Se presentó una oportunidad tan fresca como el sonido de las cascadas que bajan por esa montaña protectora de nombre *Warairarepano*. Me habían llamado al celular, yo no conocía el número telefónico.

-Hola, ¿hablo con Luis?

-Mmm, ¿quién es?

-Es un muchacho de la fundación juvenil.

-Entiendo. Sí, dígame.

-Te llamo para saber si estás interesado en participar en un festival de teatro.

-Bueno. ¿De qué trata?

-Será en un mes en Petare. Pedí un celular prestado para llamarte. ¿Puedes venir este sábado a la iglesia a las 2:00 p.m? Así te informo mejor.

-Ajá, ¿y cómo te reconozco?

-Estaré en la última fila, Luis. ¿Cómo no me vas a reconocer?

-Está bien, nos vemos allí.

Él me había confundido con otro Luis, ¡qué típico! Mi número estaba en una lista y por error me llamó, pero no le importó; quería completar el grupo.

Empezamos a ensayar en un museo secreto del casco colonial petareño la micropieza sobre un robo a manos frías. Ya teníamos el texto y quién nos dirigiera; pero empezaron a presentarse contratiempos, se retiraron algunos de los actores y hubo que invitar a otros.

El grupo asistió a clases magistrales donde ejercitamos hasta tener los músculos de *Hulk*. A los participantes nos invitaron a ver una obra de teatro con una música dulce amarga, porque así son las lecciones de la vida.

Aprendimos durante ese período que el teatro va más allá del entretenimiento; que es la mentira más verdadera y la verdad hecha escena, muchas veces la que te hace viajar

sutilmente en el tiempo, en el espacio y que por eso también puede persuadir, educar y transformar una sociedad.

Abril de 2016, llegó el día de presentarse. Parecíamos niños jugando en los grandes camerinos de un teatro modesto, pero hermoso.

Salimos a escena y a varios actores nos vencieron los nervios; olvidamos nuestras líneas y una compañera improvisó porque la función debía continuar. Me sentí frustrado; mi primera presentación actoral en un teatro había sido un fracaso, sin embargo, una amiga nos dio todo su apoyo y nos dijo las palabras que son remedio para la derrota.

Entré a ver otras piezas y hubo una que me gustó mucho, ¡era la obra impactante! Sentado ahí como espectador recordé sobre la propuesta que me había hecho su director para actuar en ella; pero siguiendo el consejo de mi mamá de cumplir con mi palabra dada, preferí continuar con la pieza del robo, a pesar de mi gran admiración por el director de ésta.

Varios meses después participé en otros proyectos teatrales y pude representar la obra impactante en recintos de rehabilitación para personas con adicción a las drogas.

La melodía ciega de las artes no te juzga, ellas están para darle sentido a los latidos del corazón.

Participar en otros festivales artísticos ha sido una oportunidad también hermosa, así como la fuerza de Venezuela y la risa de sus niños, ver más teatro y enamorarme de él con cada experiencia me ha hecho crecer sobremanera, desarrollarme como persona y artista.

El mundo necesita inspiración, los jóvenes podemos inspirar.